

LIBROS

Hans Kelsen
 ESCRITOS SOBRE JUSTICIA
 CONSTITUCIONAL

**David
 Jiménez Torres**
 EL MAL DORMIR

Joshua Cohen
 LOS NETANYAHUS

Ingmar Bergman
 NIÑOS DE DOMINGO

Hans Magnus Enzensberger
 UN PUÑADO DE ANÉCDOTAS. OPUS
 INCERTUM

David A. Bell
 MEN ON HORSEBACK. THE POWER
 OF CHARISMA IN THE AGE OF
 REVOLUTION

Albert Balasch
 UN HOMBRE LLEGA TARDE

ENSAYO

Kelsen y nuestro mundo constitucional

por **Josu de Miguel Bárcena**



Hans Kelsen
 ESCRITOS SOBRE
 JUSTICIA
 CONSTITUCIONAL
 Estudio preliminar de
 Manuel Atienza
 Traducción de Juan Luis
 Requejo Pagés
 Madrid, Tecnos, 2021,
 432 pp.

Se sigue ampliando el catálogo de escritos *kelsenianos* en español. La editorial Tecnos, en la colección “Clásicos del pensamiento” que tantas alegrías nos da y que con tanto tino dirige Eloy García desde hace décadas, acaba de publicar una colección de textos referidos al tema de la justicia constitucional realizados entre la aprobación de la Constitución austriaca (1920) y la llegada del genial jurista a Estados Unidos (1942) escapando de la guerra civil europea.

El trabajo central y clásico “¿Quién debe ser el guardián de la Constitución?”, dirigido en directa polémica contra Carl Schmitt, lo conocíamos en dos formatos diferentes dentro de la misma colección, por lo tanto, nada nuevo aporta. Sin embargo, más interés tienen los artículos científicos y de prensa referidos al nacimiento y liquidación de la Constitución austriaca, el trabajo publicado en Francia que dio origen a su confrontación con Schmitt y la posterior discusión doctrinal que se mantuvo en el país vecino sobre el tema, en la que participaron insignes profesores como Léon Duguit o Raymond Carré de Malberg.

El posible lector debe estar advertido: nos encontramos ante un libro difícil, a ratos muy técnico y donde sobresale un Kelsen teórico del derecho que se dirige al resto de colegas para convencerlos de las bondades políticas y ventajas jurídicas de la que posiblemente fue su mayor aportación al derecho público: la innovación de tribunales constitucionales concentrados en un órgano y que deciden sobre la constitucionalidad de leyes realizadas por el parlamento. Él fue

quien lo diseñó para Austria, quien lo protagonizó como juez relator durante una década, y quien lo abandonó cuando la reforma constitucional de finales de la década de 1929 politizó la institución al ponerla al servicio de los partidos.

El modelo de justicia constitucional de Kelsen se reconoce por las dimensiones externas que lo sustentan y por las importantes funciones que realiza en el conjunto del sistema político. En cuanto a la primera cuestión, Kelsen reivindicaba constituciones alejadas de nociones de justicia y sin inflación de contenidos. Los tribunales constitucionales, al trabajar con materiales normativos claros donde predominarían las reglas, únicamente tendrían que afrontar inconstitucionalidades groseras, vulneraciones del principio de competencia territorial o violaciones del procedimiento legislativo.

En cuanto a las funciones de la justicia constitucional *kelseniana*, queda claro que su interés versaba sobre la necesidad de llevar hasta las últimas consecuencias la jerarquía normativa de un ordenamiento entendido de manera escalonada, tal y como lo

diseñó uno de sus discípulos más brillantes, Adolf Merkel. Sin embargo, en el conjunto de los trabajos de este libro puede deducirse una tarea mucho más importante para el mundo que venía tras la Segunda Guerra Mundial: el tribunal constitucional debería ser garante de las minorías políticas y, por lo tanto, de una democracia sustantiva que recuperaba conceptos con una profunda carga axiológica para que no se repitiera el desastre moral del periodo de entreguerras.

Tiene todo el sentido, desde este punto de vista, preguntarse, como hace de manera brillante Manuel Atienza en la presentación de la obra, qué sentido tiene hoy seguir recurriendo a Kelsen. Según Atienza, el constitucionalismo –entendido como profesión– seguiría ensimismado con Kelsen sin haber advertido que las constituciones posteriores a 1950 ya solo pueden ser abordadas a partir del tejido social que las interpreta en el tiempo. Eso significa que ante el juez constitucional ya no tenemos casos sencillos, sino casos difíciles donde hay que aplicar un material normativo muy diverso y entrecruzar variables jurisdiccionales que, si no se aplican con rigor, terminan politizando el control de constitucionalidad.

A mi modo de ver, esta crítica resulta muy razonable, atendible y demuestra que el problema de fondo con la justicia constitucional no es solo la ampliación de funciones del órgano, sino la debilitación progresiva de una clase universitaria que sigue encerrada en los muros disciplinares y una magistratura poco preparada para afrontar las altas responsabilidades que tiene que abordar. Dicho esto, creo que la presencia de Kelsen en el siglo XXI se justifica más por la densidad filosófica de su mensaje que por las propuestas vinculadas a su teoría del derecho, de cuya pureza es necesario desconfiar.

La propuesta científica del autor austriaco es una toma de postura frente

al intelectual mandarín que trata de postularse como centro del sistema de poder. En tal sentido, Carl Schmitt fue el jurista del poder por excelencia. Kelsen, por el contrario, fue el jurista de la democracia. Para ello ideó un sistema puro que, tildado de relativista, se asentó sobre una idea de fondo que sigue siendo plenamente válida para el mundo constitucional presente y futuro: el derecho es un fenómeno que aspira a la neutralidad y el Estado, un espacio capaz de integrar las tendencias –incluso las más disolventes– que se presentan en el complejo entramado de una sociedad donde el pluralismo no es un mero brindis al sol.

Contrasten este sencillo ideal con la intención populista y neoconstitucionalista de politizar cualquier ámbito de la vida y convertir la sociedad en el reino de la justicia a través de una sucesión de actos jurídicos que imponen, por ejemplo, identidades a terceros. Kelsen, ¿jurista de la democracia? No solo: también, como premisa de ello, jurista de la libertad. —

JOSU DE MIGUEL BÁRCENA es profesor de derecho constitucional en la Universidad de Cantabria. Su libro más reciente es *Libertad. Historia de una idea* (Athenaica, 2022).

ENSAYO

Dormir es un camino pedregoso

por Mercedes Cebrián



David Jiménez Torres
EL MAL DORMIR
Barcelona, Libros del
Asteroide, 2022, 160 pp.

¿Qué esconden –o más bien qué desvelan– las páginas de un ensayo sobre las vicisitudes de la falta de sueño? ¿Y qué buscamos sus lectores en ellas?

A los que integramos ese (gran) porcentaje de gente con problemas para dormir que muestran las estadísticas nos gustaría vernos allí dentro narrados con palabras precisas; o más bien ansiamos encontrar en sus páginas la voz de ese emisario que le comunique a la humanidad nuestras vicisitudes. Los que duermen como troncos, en cambio, en un ensayo como *El mal dormir* quizá busquen saciar su curiosidad sobre ese inconveniente que a ellos no les roza ni de lejos, como los que leen con ganas la crónica de un pasajero fóbico que se echa a temblar nada más abrocharse el cinturón de seguridad del avión aun cuando ellos vuelen sin experimentar trauma alguno.

La experiencia de lectura de *El mal dormir* de David Jiménez Torres, ensayo ganador de la primera edición del Premio de No Ficción Libros del Asteroide, es como una excursión por un sendero cuya flora y fauna creemos conocer, pero a lo largo del cual siempre nos sorprende algún nuevo elemento de la naturaleza en el que no habíamos reparado. El autor combina, en la mejor tradición anglosajona –no en vano estudió y dio clases en universidades británicas–, su experiencia personal como “maldurmiente” con numerosas referencias históricas, literarias y científicas que va entretejiendo a lo largo del libro de un modo totalmente natural, lo que a mi juicio es de las principales virtudes del texto.

Este libro contiene material suficiente para ser un ensayo de trescientas páginas con profusión de notas a pie de página, pero el autor –e imagino que la editorial también ha tenido voz en el asunto– ha decidido no incluir un aparato de notas, sino limitarse a una bibliografía final a la que los lectores pueden acudir para ampliar lecturas si lo desean. De este modo, nos quedamos con ganas de más, pero al mismo tiempo salimos del libro con la sensación de haber probado delicias que desconocíamos, como en un menú degustación que contuviera pequeños platos

muy sofisticados. Como lectores, la tarea que nos queda al terminar *El mal dormir* es seguir leyendo y buscando información sobre los asuntos que Jiménez Torres desarrolla con brillantez a lo largo de los breves capítulos de su ensayo: desde la relación epistolar entre Scott Fitzgerald y Hemingway, en la que compartían sus cuitas de insomnes, hasta un inventario de “industrias del mal dormir”, como él llama a las compañías que comercializan productos para ayudar a conciliar el sueño o para mantener despiertos y funcionales a los que, tras una noche toledana, se ven obligados a seguir con sus tareas diarias. La principal es, cómo no, el café, el estimulante psicoactivo más utilizado del mundo y, según aprendemos en el libro, el producto más comercializado después del petróleo.

Otros subtemas del ensayo ahondan en la influencia clarísima de los neonatos como provocadores de cambios en el sueño de sus padres, en la peculiar percepción del tiempo de los insomnes, en su soledad durante la vigilia —ilustrada con poemas de Ajmátova o Dámaso Alonso, citas de Cioran y extractos de *El Quijote*—, cómo no, en las tribulaciones del cuerpo insomne y su calvario de posturas, resumidas y metaforizadas con mucha gracia en el capítulo titulado “El mal cuerpo”: “Gourmet a su pesar, el repertorio del maldurmiente evoca la lectura de los especiales del día en un restaurante: hoy tenemos bocarriba con cabeza inclinada hacia la izquierda y brazo doblado a noventa grados; también tenemos bocabajo con brazos recogidos y almohada bajo el esternón (muy rico).”

Uno de los aspectos más originales del ensayo radica en su división estructural, que contrapone las noches y los días de aquellos que no concilian el sueño con facilidad. De algún modo intuimos que un texto sobre el mal dormir va a abundar en las angustias y los temores nocturnos de los insomnes, incluidos los del propio autor,

que él narra abierta y cercanamente, pero no del malestar diurno que experimentan quienes se asoman a la vida laboral tras una noche en vela. Jiménez Torres explora en esta sección los vínculos entre trabajo y mal dormir, incluyendo una entrevista a un antiguo empleado de banca cuyos horarios laborales eran propios de la Revolución industrial del siglo XIX.

Además de su recorrido minucioso por tantos aspectos aparentemente insignificantes del sueño y de su falta, lo que el autor explora y por tanto construye en este ensayo es, en sus propias palabras, un “tejido de experiencias nocturnas”, que incluye un análisis de la retórica del insomnio y un catálogo detallado de actitudes y reacciones físicas y espirituales propias de los que pasan gran parte de la noche contando ovejas, ya sea literal o metafóricamente.

Por último, y como en castellano el sustantivo “sueño” tiene también una acepción onírica, menciono aquí una obra de reciente aparición que opera como contraste perfecto para *El mal dormir*. Se trata de *Traumbuch* de Patricio Pron, un libro de pequeño formato cuya cubierta encierra una pequeña sorpresa tridimensional brindada por la editorial Delirio, siempre cuidadosa en sus ediciones. Göttingen, Buenos Aires, Cristina Rivera Garza, un hombre parecido a Lou Reed y Macedonio Fernández, entre otros muchos lugares y personas, atraviesan la vida onírica de Pron, quien, siguiendo la tradición de autores como Graham Greene, Nabokov o Perec, pone sobre el papel lo que ocurre cuando se abren los diques de su inconsciente y da sus frutos en forma de sueños. La operación de escribirlos —que consiste principalmente en describirlos— los enriquece, pues como lectores nos genera cierta envidia compararlos con las simplezas repetitivas que a menudo proyectamos en nuestra pantalla interior durante el sueño REM. Además, en ellos vemos las ansiedades propias de nuestro tiempo,

lo que nos permitiría, si acudimos a otros libros que recopilen sueños de escritores de otras épocas, asomarnos a una posible historia social del soñar humano. —

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. Su libro más reciente es *Cocido y violonchelo* (Literatura Random House, 2022).

NOVELA

La universidad y la diáspora

por **Daniel Gascón**



Joshua Cohen
LOS NETANYAHUS
Traducción de Javier Calvo
Madrid, Conatus, 2022,
276 pp.

En su estupendo ensayo *Jokes*, el filósofo Ted Cohen se preguntaba por qué el humor judío se había convertido en el humor estadounidense por excelencia. Una de sus características —ejemplificada, a su juicio, en los hermanos Marx, con un Groucho que habla sin acento, un Chico con una imposible dicción italianizante y un Harpo que ni siquiera habla— era que se trataba de un humor de los outsiders, vinculado inicialmente a la inmigración (la segunda, una preocupación por la lógica y el lenguaje). Cohen atribuía a su esposa una observación: en Estados Unidos todo el mundo es un outsider. Para el filósofo, esa era una de las claves de la extensión de ese humor.

Los Netanyahu —por alguna razón en la portada lleva “s” al final, pero no en el folio ni en los créditos—, de Joshua Cohen (que no es familia de Ted), es, en cierto modo, una novela cómica sobre la sensación de ser un outsider, sobre algunas variantes de la idea de inadecuación. El protagonista y narrador es el historiador económico Robert Blum, que recuerda en un estilo ágil, meticuloso y un tanto

neurótico un episodio transcurrido décadas atrás, a finales de los años cincuenta, en Corbin college, una universidad del norte del estado de Nueva York que Blum era el primer judío que pisaba (incluyendo alumnos). Ese origen es el motivo de que le encarguen preparar la visita de un candidato como profesor visitante de su departamento: Benzion Netanyahu, padre del ex primer ministro israelí, un historiador nacido en Polonia e instalado en Israel especializado en la Inquisición en la Península Ibérica.

El encargo es, en el mejor de los casos, desconcertante y como poco levemente ofensivo: le cae a él solo porque es judío. El propio Blum, que acepta porque cree que puede ayudarle para obtener una plaza fija, no sabe mucho de la especialidad y debe estudiar la obra de Netanyahu.

La tesis de Netanyahu postula que la Inquisición no era un mecanismo que buscaba la pureza religiosa sino que pretendía expulsar a los judíos que ya se habían convertido al catolicismo: “mientras los católicos tuvieron un pueblo al que odiar, los judíos tenían que ser un pueblo condenado a sufrir”. No era solo antijudaísmo religioso: la idea de la limpieza de sangre era un programa de pureza racial, que perseguía revertir la asimilación. Para Blum, Netanyahu intenta hacer pasar “una teología por historia”; sus críticos creían que proyectaba la experiencia del antisemitismo racial de los nazis, la experiencia del Holocausto, a la España y Portugal de la Baja Edad Media. Blum también recibe dos cartas: una a favor del personaje, de una universidad estadounidense, otra en contra, de otro pensador israelí. Si la primera carta destaca su capacidad de trabajo y su actividad a favor de Israel en el extranjero, la segunda señala su postura intransigente –revisionista, cercana a Jabotinsky, desdeñosa con figuras como Weizmann y Ben Gurión– en los años que llevarían a la creación de Israel y su pasada actividad como panfletista incendiario.

“Todos sabemos lo que les pasa a los hombres cultos cuando se los deja de lado: que este abandono los inflama. Y todos sabemos qué reacciones se pueden gestar entonces: la herejía, la apostasía y el mesianismo. La Historia judía está llena de hombres brillantes cuya arrogancia herida les hizo volverse contra la tradición”, dice el corresponsal; Netanyahu sería uno de ellos. La novela mezcla por tanto el retrato personal, que incluye aspectos muy poco favorecedores, con la polémica historiográfica y la mirada oblicua a la fundación de Israel y las polémicas dentro del propio sionismo.

Blum, que va leyendo sobre el tema con cierta perplejidad, tiene preocupaciones adicionales: vive con su mujer Edith (que trabaja en la biblioteca) y su hija Judith (que se prepara para ir a la universidad y es una estudiante buena aunque un poco rebelde, o molesta por estar lejos de su ciudad, Nueva York, y quizá sometida a mayor inseguridad académica por la exigencia neurótica de su padre: el proceso de selección de su hija, parece, es un proceso donde lo eligen o rechazan a él). Para sus suegros, judíos adinerados provenientes del Rin e instalados en Manhattan, el campus es una especie de destierro de Nueva York, una prueba de que algo anda mal en su yerno. Para sus padres, de origen ruso-ucraniano y del Bronx, también está lejos: además, no hay una sinagoga cerca. El antagonismo entre las dos familias políticas es evidente. Es indiscutible, dice el narrador, “que a mediados del siglo casi todos los judíos del mundo estaban ocupados en convertirse en otra cosa, y en ese punto de la transformación, las antiguas diferencias internas entre ellos –de antigua ciudadanía y clase social, por no decir nada del idioma y del grado de observancia religiosa– se volvieron por un momento más palpables que nunca, mientras emitían un último estertor jadeante”.

El libro, aparentemente sencillo y a menudo divertidísimo, a veces tiene el tempo de una nouvelle. No cae en la

monserga de la ortodoxia literaria estadounidense actual ni comparte la estilizada mediocridad de los productos de la escritura creativa yanqui.

Cohen juega con los géneros de la novela de la identidad –y el subgénero de la identidad judía– y la novela de campus. A veces hace pensar en un cruce entre *The ghost writer* de Philip Roth y *Invitation of a small body of water* de Nabokov (Leo Robson la vinculaba, por el ambiente académico, con *Pálido fuego*, pero *Los Netanyahus*, pese a toda su erudición, es una novela más accesible y menos metaliteraria que la de Nabokov). Hay guiños y referencias: el primer Roth parece de las más importantes, con relatos como “El defensor de la fe”; Judith, como Brenda Patimkin, la novia de Neil Klugman en *Goodbye, Columbus*, se opera la nariz. Se menciona a autores como Malamud y Saul Bellow. Pero quizá las personas reales más importantes, y que aparecen también en un jugueteón epílogo, son el crítico Harold Bloom, a quien Cohen dedica el libro y que le habría contado, entre un montón de historias y chismes (aparece Cormac McCarthy llamándole por teléfono desde la bañera, Gershom Scholem hablando de sí mismo en tercera persona), una anécdota autobiográfica de una visita de Netanyahu a Cornell que es la base del libro, y el propio Benzion Netanyahu.

La novela –una “farsa doméstica de sitcom”, ha escrito Cynthia Ozick– se estructura tersamente en torno a tres visitas: la de los suegros (con una escena memorable de conversación entre Blum y su suegra sentados en la cama matrimonial, mientras el suegro aprovecha para defecar en el cuarto de baño de la pareja), la de los padres (con clímax y visita onírica) y finalmente la de los Netanyahu (Benzion llega con su mujer, que apenas habla inglés, y tres hijos que rápidamente son denominados los “Vándalos”, y que atesoran sobrados méritos para el apodo). Las tres visitas incrementan el efecto cómico con variaciones grotescas como sueños y la coreografía de la logística familiar. Las visitas y hasta cierto

punto la relación que tiene Blum con todos los personajes del libro representan diferentes modos y matices de ese “convertirse en otra cosa” y van modificando, a veces un poco y a veces brutalmente, la imagen que Blum tiene de sí mismo. Son distintos tipos de gente: inmigrantes de clase media originarios del oeste, inmigrantes de una clase más baja y provenientes del este, inmigrantes del este que han creado otro país (pero que no es el que querían crear). Son expectativas siempre frustradas. A veces es lo que los suegros esperan de él, o que él cree que esperan de él, otras veces es lo que espera el resto de profesores universitarios, en un círculo updikiano. La visita de los Netanyahu tiene algo de visita de un estereotípico primo del pueblo: alguien de quien te sientes lejano pero a la vez responsable, alguien que te avergüenza un poco, y ese sentimiento es un incómodo vínculo entre los dos que no llegas a explicarte a ti mismo. Es una muestra de la habilidad de Cohen para hacer calas en la trayectoria del sionismo y el debate sobre la relación del pueblo judío con la historia, mientras traça un relato inteligente e hilarante, con personajes expresionistas y memorables, específico y lleno de referentes concretos, autoirónico y contagiosamente disfrutable. —

DANIEL GASCÓN es editor de *Letras Libres* y columnista de *El País*. Su libro más reciente es *La muerte del hipster* (Literatura Random House, 2021).



NOVELA

Cómo ser padre, cómo ser hijo

por **Aloma Rodríguez**



Ingmar Bergman
NINOS DE DOMINGO
Traducción de Marina
Torres
Logroño, Fulgencio
Pimentel, 2021, 154 pp.

Ingmar Bergman (Uppsala, 1918-Farö, 2007) es uno de los cineastas ineludibles en la historia. Lo curioso es que no solo fue cineasta, escribió y dirigió teatro, y llegada la edad más que madura y retirado ya del cine —dio por concluida su carrera como director en 1982, con *Fanny y Alexander*— empezó a escribir: sus memorias (*La linterna mágica*), una autobiografía fílmica (*Imágenes*) y novelas cuyo germen está en sus recuerdos. Muchos de esos libros los publicó Tusquets a finales de los noventa, treinta años después Fulgencio Pimentel continúa la labor de recuperación del Bergman novelista que emprendió en 2021 con *La buena voluntad*. Ahora llega *Niños de domingo*, también en traducción de Marina Torres, que fluye con naturalidad en la lengua de destino. Como *La buena voluntad*, esta también tiene una versión cinematográfica, en este caso a cargo del hijo de Bergman, Daniel Bergman.

Niños de domingo es una novela breve, minúscula casi en lo que cuenta, pero enorme en lo que convoca y en cómo lo hace. Es una continuación de *La buena voluntad*, que contaba la historia de cómo se habían conocido sus padres, quiénes eran antes de ser un matrimonio y de tener hijos. En esta novela el matrimonio ya está establecido y deteriorado, no solo por las complicaciones de partida. Bergman remite a los lectores interesados a *La buena voluntad*, donde se detallaba el enfrentamiento entre Erik Bergman

y su futura suegra, que se oponía al matrimonio. La rutina, la convivencia, los hijos (tres ya) pesan también sobre el matrimonio. Esto lo vamos a ir descubriendo poco a poco, porque en realidad todo es una preparación para el momento mágico que Bergman quiere compartir: no es solo lo que sucedió una tarde de domingo sino que consigue que entendamos perfectamente por qué, más de sesenta años después, aún lo recuerda. El episodio podría ser anecdótico: un domingo, un padre y un hijo viajan en la misma bici y en tren de un pueblo a otro. A la vuelta, el padre pierde el control de la bici y se caen sin que ninguno resulte herido. La rueda de atrás se ha pinchado. “Hay media legua hasta la estación. Papá y Pu están empapados, sucios y llenos de barro. Papá tiene un rasguño en la mejilla. Cae sin parar una lluvia fría. Papá empuja la bicicleta averiada y Pu lo ayuda.” Esa estampa final es emocionante, pero no lo es en sí misma si no sabemos todo lo que hay antes y todo lo que habrá después. Con lo que hay antes no me refiero solo a la historia de amor de sus padres, sino más bien a la relación del niño Bergman, Pu, con su padre.

La novela se abre con una descripción de la casa (y la opinión de la abuela y del tío Carl, que eran “sumamente críticos” con respecto a ella). Se describe la casa y también el entorno, los dueños que tuvo y también cómo fue el traslado familiar hasta allí y lo que supuso para todos. Pu tiene ocho años y es el mediano; por encima está Dag y por debajo, la nena. Dag trata bastante mal a Pu, en cuyos sueños su padre y Dag están muertos. Pu está enamorado de su madre, pero un poco también de Marianne, una de sus primas. La oferta de acompañar a su padre el domingo aparece al principio del libro, Pu en realidad no quiere ir: sus planes eran otros y bastante más atractivos para un niño de ocho años que acompañar a su padre, pastor, a dar el sermón al pueblo de al lado. Pu “había pensado jugar con los

trenes y poner raíles desde el retrete, donde iba a colocar la estación de salida, hasta el abedul, allí iba a poner las agujas y la plataforma giratoria”. Esta novela hermosa sobre la memoria desentraña qué misterios y azares llevan a Pu a aceptar el ofrecimiento de su padre.

Bergman hace una cosa muy difícil, que le permite la literatura de manera mucho más clara que el cine: entra y sale de la narración, porque Pu es él, y el relato está en tercera persona casi todo el tiempo, aunque a veces hay deslizamientos a la primera. La primera vez que sucede es como cuando Harriet Anderson mira a cámara en *Un verano con Mónica*, solo que en este caso, además, quien nos mira a los ojos es, además del protagonista, el escritor: “Cuando papá llegó al cabo del tiempo, justo antes de que yo hubiera cumplido ocho años, se mostraba inquieto, ausente y melancólico.” Hay otros momentos en que Bergman rompe el relato, son tres recuerdos, con respecto al momento de escritura, aún por venir desde el tiempo del relato. En el último, el padre, Erik Bergman, ha muerto. En otro, el pastor le dice a su hijo que ha descubierto los diarios de Karin, la madre de Ingmar: “Leo y leo. Poco a poco me voy dando cuenta de que nunca conocí a la mujer con la que viví más de cincuenta años.”

Pu no es exactamente un niño miedoso, lo que pasa es que sabe que es un niño de domingo, es decir, nació en domingo, y los niños de domingo son especiales, pueden ver cosas. Por eso a Pu le da un poco de miedo la historia del suicidio del relojero, que se le aparece en sueños. Pero que sea un niño de domingo no solo es importante por eso, es uno de los escasos puntos de conexión con su padre. En otro sueño de Pu aparecen Juan, Jesús y María; en otro, “el Caballero, larguirucho y cargado de espaldas. Juega al Ajedrez con la Muerte: ‘He estado mucho tiempo a tu espalda’.” Hay otras referencias que conectan la novela con sus

películas, en especial con *Fresas salvajes*. *Niños de domingo* es también una exploración de la vejez: “La vejez es un infierno, ¿sabes, Pu querido?”, le dice tía Emma desde el retrete al que ha llegado de milagro y ayudada por Pu. Sigue Emma: “Y luego se muere uno y eso tampoco es muy divertido.”

Niños de domingo es una novela hermosa, en la que todo sucede de manera sosegada, la única posible de enfrentarse a la vida y a los recuerdos de quienes ya no están. Bergman explora aquí en qué consiste ser hijo y lo hace convocando muchos de sus temas centrales para construir una novela magistral, que es como dar un paseo por el campo justo antes de que caiga el sol. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Su libro más reciente es *Siempre quiero ser lo que no soy* (Milenio, 2021).

MEMORIAS

Recuerdos sin culpa

por **Fernando García Ramírez**



Hans Magnus Enzensberger
UN PUÑADO DE ANÉCDOTAS. OPUS INCERTUM
Barcelona, Anagrama, 2022, 240 pp.

Hans Magnus Enzensberger publica a los 89 años—ahora tiene 92—el segundo volumen de sus memorias, que abarcan desde su nacimiento hasta sus años universitarios. Tiempo atrás publicó el primer volumen (*Tumulto*), en el que da cuenta del auge y caída de su simpatía por el socialismo, luego de haber vivido algunos años en Cuba. ¿Habrá un tercer volumen en el que cuente su vida de escritor? No lo creo: para conocer esa etapa, la más fértil, la

mejor, contamos con sus libros, siempre lúcidos.

Enzensberger es autor de poemas (*El hundimiento del Titanic*); novelas históricas (*Hammerstein o el tesón*); ensayos sociológicos (*El perdedor radical*), políticos (*Política y delito*) y culturales (*Mediocridad y delirio*); ensayos y poemas de tema científico (*Los elixires de la ciencia*), de tema económico (*¡Siempre el dinero!*); obras de teatro (*El filántropo*); libros infantiles (*El diablo de los números*); reportajes (*El gentil monstruo de Bruselas*); y libros de varia invención (*Reflexiones del señor Z.*).

¿En qué difieren unas memorias de la autobiografía? Básicamente son lo mismo, relatos de la propia vida. La autobiografía refiere hechos y las memorias emociones, podría servir como definición primera. La autobiografía se pretende más objetiva que las evocativas memorias. Una autobiografía cuenta una vida completa, hasta el momento de escribirla; mientras que las memorias pueden contar episodios de una vida. La biografía es un subgénero de la historia, pero la autobiografía no lo es; para la historia es acaso un documento. Y no lo es porque al relato de la propia vida le falta objetividad. Enzensberger no habla en su libro de “memorias”, sino de autobiografía, a pesar de que cuenta episodios (anécdotas) y desarrolla su relato de una forma más o menos cronológica. Como si dijera: pensé en escribir mi autobiografía pero solo puedo ofrecerles “un puñado de anécdotas”. El libro termina con un poema:

Cuando él escribe sobre sí mismo,
escribe sobre otro.
En lo que escribe,
él se esfumó.

Narrado en tercera persona, el protagonista de estas anécdotas es M. (de Magnus). Hacia el final del libro, como resumen de todo lo contado, dice que, después de todo, “no pasó mucho en sus años de juventud”. Pero sí le pasaron muchas cosas. Vivir en

Núremberg (la ciudad de los grandes congresos) el surgimiento desbordado del nazismo, su auge y su espantoso derrumbe, sin duda, son acontecimientos determinantes en la vida de cualquier persona. A los ocho años se pudo colar por entre las piernas de los adultos que formaban una valla hasta la primera fila para ver que en un coche descubierto que pasaba “había un hombre insignificante con bigote y la vista fija hacia delante. Llevaba el pelo pegado en la frente. Levantó el brazo derecho y lo dejó caer bruscamente de nuevo”. M. no sabía lo que era un nazi. Al pasar la comitiva, “la barrera se disolvió y la multitud se dirigió animadamente a los puestos de salchichas”. M. no vivió la Historia sino la historia, suma de datos cotidianos. O al menos así lo recuerda Hans Magnus Enzensberger al cumplir los noventa años.

No ofrece Enzensberger datos exactos, precisiones. No se trata de acumular documentos para contar una vida. Sin el tío bribón, la tía solterona, el abuelo increíble, el padre misterioso, el bravucón de la cuadra, el primer amor, el primer robo, una vida estaría, quizás, incompleta. La historia de M., sus juguetes, juegos y travesuras. Detrás de cada objeto evocado, una historia, una anécdota, un jirón de recuerdo. Su padre fue ingeniero en telecomunicaciones. No simpatizaba con ningún partido, pero tuvo que afiliarse al Nacional Socialista para conservar su empleo y sostener a su familia. Se alegró, como todos en Núremberg, como todos en Alemania, de la invasión a Francia. A su padre lo enviaron a París a restablecer las líneas de teléfono. M. coloca en el libro la fotografía de su padre vestido de nazi frente a varios aparatos. A él, siendo niño, también lo enrolaron —no había de otra— en las juventudes nazis, lo uniformaron y lo llevaron a hacer ejercicios y lanzar consignas. M. era pésimo para el ejercicio coordinado y pronto lo

expulsaron. Para no preocupar a sus padres, M. buscó y encontró refugio en una biblioteca, en donde se sumergiría por primera vez a plenitud en un mar de libros. A su escuela, en el último año de la guerra, llegaron los reclutadores para las fuerzas especiales de las ss. Muchos dieron pretextos, pero “cerca de la mitad, como el pobre Günter Grass, se ofrecieron ‘voluntariamente’, sin saber que Himmler había rearmado la Waffen-ss para derrocar al ejército”.

El elemento narrativo más importante, decisivo, de *Un puñado de anécdotas* está en el tono. Enzensberger se las ingenió para escribir con jovialidad y desapego sucesos de todo tipo ocurridos ochenta años atrás. El tono de confidencialidad (solamente está contando la vida de M.) hace creer al lector que está escuchando las confidencias de un amigo. La infancia de un niño en medio de la guerra de los nazis contra el mundo. Suena terrible, para él no lo fue tanto. “¿Tuvo la dictadura también un lado confortable? M. mentiría si quisiera ocultarlo.” Se emocionaba con las victorias en Poznań, Varsovia y París. “Los niños de la guerra —cuenta Enzensberger— se habían acostumbrado a todo tipo de atrocidades, el mundo les parecía impredecible. Por eso les gustaba ver los incendios y los chaparrones, lo que sugiere cierta falta de imaginación moral.” La guerra no le afectó mucho. “Culpa: para nada.” No era su guerra. La guerra provoca reacciones muy extrañas en las personas. “M. no tiene malos recuerdos ni siquiera de las noches de bombardeo.” Con la guerra los horarios habían desaparecido, lo mismo la autoridad de los padres, ya no era obligatorio asistir a la escuela. Los grandes incendios eran fascinantes. Y al día siguiente paseos por la ciudad destruida. “M. pudo pasear por la ciudad en ruinas, observar a los bomberos y contemplar las entrañas de las casas medio derrumbadas.” Hacia el final de la guerra alistaron también a los niños, les pusieron

uniforme y se los llevaron a cavar zanjas. Les dieron armas y les enseñaron a usarlas. Un día que se quedaron sin comida enviaron a su patrulla por alimentos. Llegaron a una granja. El granjero y su esposa les suplicaron de rodillas que no los mataran. Todos los niños iban armados. Se llevaron un buen botín. De regreso iban felices, incluso M. Por unas horas conocieron y encarnaron el salvajismo nazi. Culpa, ninguna; Enzensberger recuerda la guerra.

En las páginas finales de su libro el autor informa de que “no desea continuar la tradición alemana de la novela de aprendizaje”, sin embargo, es imposible no pensar que el origen de algunos de sus libros (*Política y delito*; *Perspectivas de guerra civil*) se encuentra en algunos pasajes de su infancia salvaje en Núremberg durante la guerra. A la edad de ocho años, con sus compañeros y amigos del barrio, “ya había desarrollado sus propias ciencias políticas, iniciado pequeñas guerras y formado alianzas cambiantes”. Los pactos eran inestables, las alianzas inciertas. Años más tarde, luego de la derrota alemana y de la ocupación americana, se inició en el mercado negro de los cigarrillos, que durante un tiempo fueron un tipo de moneda de cambio. “Como era muy espabilado, pronto fui bastante rico, no en la poco apreciada y despreciable moneda nacional, sino en bienes codiciados. El cigarrillo americano era la referencia.” Desde entonces, dice Enzensberger, adquirió conocimientos reales de economía que ni en la Harvard Business School le pudieron ofrecer. “Desde entonces M. tiene conocimientos no solo del espíritu empresarial, la volatilidad del mercado y la oferta y la demanda, sino también sobre la acumulación de capital primario, el fetichismo de la mercancía y la explotación.” Conocimientos que, muchos años después, aplicaría en libros como *¡Siempre el dinero!*, reboante de inteligencia e imaginación.

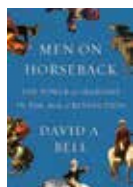
Enzensberger obsequia a sus lectores devotos un puñado de anécdotas. Retazos de su vida. No le interesa quedar bien o ajustar cuentas. Le interesa contar lo que vio sin dramatismos. Fue alumno de Heidegger y lo decepcionó: el Maestro no permitía diálogo alguno con su clase. Sobrevivió a la derrota alemana —hambre, enfermedades, humillaciones— de la mejor manera posible. No puedo escribir que fue afortunado porque sería reconocer que la buena o mala suerte existen. El azar no es bueno ni malo. Enzensberger nos cuenta su vida. Sin nostalgia. Sin venganzas. Sereno y contento de haber vivido la vida, esta extraña aventura. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.

HISTORIA

La era del carisma

por **Rafael Rojas**



David A. Bell
MEN ON HORSEBACK.
THE POWER OF
CHARISMA IN THE
AGE OF REVOLUTION
Nueva York, Farrar,
Straus and Giroux,
2020, 352 pp.

Después de las revoluciones atlánticas, entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX, una consistente tradición de literatura heroica recorrió Occidente. El romanticismo se confundió con el heroísmo cuando Vigny y Stendhal narraron la vida de Napoleón, Carlyle las de Lutero y Rousseau, Emerson las de Shakespeare y Goethe. La representación de los grandes hombres como titanes o colosos de la modernidad se desplegó junto con la memoria de las revoluciones, a pesar de que el republicanism o la idea del pueblo o las masas como sujetos de la

historia cuestionaban la apologética del protagonismo individual.

El más reciente libro de David A. Bell explora esa paradoja: revoluciones liberales y democráticas que produjeron panteones heroicos basados en el carisma de un puñado de elegidos. Pero a Bell no le interesan únicamente los panteones cívicos o cultos heroicos sino la propia articulación del carisma como don político en el curso de las revoluciones atlánticas. El carisma es el atributo que sigue en la trayectoria de cuatro líderes revolucionarios: George Washington, Napoleón Bonaparte, Simón Bolívar y Toussaint Louverture.

El libro avanza por medio de la reconstrucción de cada uno de los cuatro liderazgos y de las representaciones que suscitaron en vida y póstumamente. Por el camino, Bell propone trayectorias paralelas o lecturas comparadas de las cuatro biografías, aprovechando el hecho de que la acción histórica de Washington y Napoleón, Bolívar y Louverture tuvo lugar en un lapso de medio siglo. Aquellas décadas y su espacio atlántico produjeron una memoria política que dio transparencia a cada biografía.

Washington y Louverture fueron contemporáneos: el primero nació en Virginia en 1732 y el segundo en Auberge de Bréda en 1740, según su último biógrafo, Sudhir Hazareesingh. El liderazgo de ambos se desenvuelve, estrictamente, en las últimas décadas del siglo XVIII. Cuando Louverture se convierte en el principal líder de la Revolución haitiana, hacia 1794, Washington ya había encabezado la independencia de las trece colonias, impulsado la Constitución de 1787 y comenzaba su segundo mandato como vicepresidente de Estados Unidos. Biógrafos y retratistas llamaron, indistintamente, a Louverture el “Washington”, el “Napoleón”, el “Jacobino” o el “Espartaco negro”.

Sin embargo, el líder revolucionario haitiano se enfrentó a Napoleón, quien dio orden al general Leclerc de que lo capturara y lo enviara preso a Francia, acusado de conspiración y sedición. Los dos jefes de las primeras revoluciones de independencia en América tuvieron destinos discordantes. Washington murió en su retiro de Mount Vernon y fue consagrado como padre de la patria en Estados Unidos, sentando el precedente de un mandatario republicano que renuncia a la segunda reelección. Louverture murió en el castillo de Fort de Joux, humillado por Napoleón, un exrevolucionario a punto de coronarse emperador de Francia.

Bell rastrea las opiniones de unos caudillos sobre otros, con el fin de explorar el sentimiento de pares que recorrió el liderazgo de las revoluciones atlánticas. Bolívar admiró al Napoleón de la Revolución, el Directorio y el Consulado, pero, como tantos hispanoamericanos de su generación, rechazó al Bonaparte emperador e invasor de España. Aunque no hay en Bolívar un momento gaditano o de liberalismo hispánico, como en otros jefes de las independencias, su republicanismo también se nutrió de una lectura negativa del imperio napoleónico.

Napoleón, por su parte, dejó escrita su opinión sobre Washington en el *Memorial de Santa Elena* del conde de Las Cases, en un pasaje que Bell aprovecha óptimamente en su libro. Según Bonaparte, su concentración de poder se debió a las divisiones que atravesaban la Francia revolucionaria. Si él hubiese nacido en Estados Unidos, donde existía una sociedad más igualitaria y una tradición jurídica más moderna —curioso antecedente de la tesis central de Alexis de Tocqueville en *La democracia en América*—, habría podido darse el lujo de ser un Washington. En cambio, si Washington hubiese nacido en Francia, difícilmente,

según Napoleón, habría sido otra cosa que un Bonaparte.

A pesar de su resuelto republicanismo, Bolívar terminaría ejerciendo un poder despótico, por breve tiempo, luego de la frustrada Convención de Ocaña, en la que intentó imponer en la Gran Colombia una Constitución centralista y presidencialista parecida a las que él mismo concibió para Bolivia y Perú. En sus dos últimos años, el Libertador, profundo admirador de pensadores liberales franceses, antibonapartistas, como Benjamin Constant o Madame de Staël, o de políticos estadounidenses, defensores del primer monroísmo, como John Quincy Adams y Henry Clay, fue acusado de cesarismo en la opinión pública de Estados Unidos y Francia.

Bell se detiene en aquel intercambio de percepciones en el Atlántico en el que se escenificaba el clásico tema del héroe y el traidor. A diferencia de Washington, los otros tres próceres revolucionarios vivieron sus últimos días envueltos en una atmósfera de desencanto y renuncia. Esos finales marcarían el tono controvertido de los cultos heroicos y las remembranzas ceremoniosas que los han sobrevivido por dos siglos. La condición de sepulcros en disputa se forjó en el ocaso de cada prócer.

Los capítulos finales de *Men on horseback* se adentran en la paradójica función del carisma en las democracias modernas. Durante los siglos XIX y XX, el republicanismo y el liberalismo atlánticos edificaron sus instituciones y valores sobre una memoria monumental de los padres fundadores. La apelación al imperio de la ley y a la preservación del orden institucional coexistió con una exaltación del carisma a través del culto a los próceres. La crisis de la estatuaría y los monumentos que se vive en el siglo XXI también puede ser comprendida a través de la tensión entre democracia y carisma,

brillantemente desarrollada en este libro.

La paradoja que Bell expone para Estados Unidos y Francia, también es válida para América Latina, territorio que, si bien figura en el libro por medio de las figuras de Louverture y Bolívar, queda un tanto desdibujado en el volumen. A diferencia de otros historiadores contemporáneos de Estados Unidos, Bell conoce y cita buena parte de la historiografía reciente sobre las independencias hispanoamericanas, pero se echan en falta referencias a estudios clásicos sobre el caudillismo y el cesarismo en nuestra región como los de Laureano Vallenilla Lanz, Fernando Díaz Díaz o Enrique Krauze. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Turner puso recientemente en circulación *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*.

POESÍA

Quien llega tarde es que ha nacido

por Bárbara Mingo Costales



Albert Balasch
UN HOMBRE LLEGA TARDE
Traducción de Sílvia Galup
Kriller71, Barcelona, 2022, 200 pp.

Es la primera vez que leo al poeta Albert Balasch, nacido en Barcelona en 1971. La editorial Kriller71 acaba de publicar *Un hombre llega tarde*, una antología bilingüe catalán-castellano (con traducción de Sílvia Galup) que recoge poemas de algunos de sus libros anteriores. El libro lleva un prólogo de Andreu Jaume, que editó y tradujo con Eva Garrido el segundo de los poemarios de Balasch (*Dacaer*, o *Decaure*) en 2003 en Lumen. Fue precisamente en las oficinas de Lumen donde

Jaume coincidió por primera vez con Balasch; en el prólogo recuerda la primera imagen que recibió de él, y asocia la presencia del poeta a su forma de escribir: “[la lectura de su poesía] me confirmó que Albert escribía tal y como se me apareció aquella mañana, es decir, desde un rincón, desde un final, como si se estuviera despidiendo”. Qué bonita la armonía de esta descripción entre el aire de la persona y lo que escribe. Además, parece estar hablando de algo pasado hace mucho tiempo. “Tal y como se me apareció aquella mañana” me suena como la límpida frase de un apetecible libro alemán. Más adelante vuelve Jaume a presentar a esa persona *walseriana* como a un poeta de otra época. Dice que al contrario de lo que sucede en los poemas modernos, que necesitan “casi siempre definir una voz en un escenario y a través de una anécdota”, Albert Balasch “se quedó con la voz del hombre a secas”, y un poco más abajo aún nos recuerda que “es el lenguaje el que nos habla”, y que la identidad que buscamos en las lenguas que hablamos es ilusoria. Si levantásemos la vista del libro en este momento, veríamos la penetrante cara de Samuel Beckett asomar en el espejo. Es uno de los autores cuya influencia ha reconocido Balasch.

Yo lo he leído todo seguido porque quería escribir estas líneas. Me parece una manera disparatada de leer poesía; lo que me gusta es abrir las páginas al azar y leer unos pocos poemas. Los libros de poesía son los que salvaremos sin duda cuando haya que purgar la biblioteca, por motivos de espacio porque ya no podemos permitirnos el alquiler de una casa más amplia, que es la censura de este tiempo. Hay que tenerlos siempre a mano, para ir leyéndolos a lo largo de la vida y encontrar una y otra vez sus imágenes concentradas y sus revelaciones. Todo este circunloquio un poco contradictorio lo escribo para decir que qué buen libro

para acercarse a la poesía de Balasch, pues aquí se recogen varios del autor. El primer cuarto incluye algunos poemas en prosa entre los de verso convencional. Se titula como el libro: *Un hombre llega tarde*. Aquí ya está funcionando un hilo que enlaza con una literatura verdaderamente antigua, más allá de la voz individual: como otra cereza viene a la mente la apostilla “más vale tarde que nunca”, y de ahí simplificando con *más vale/nunca* a quien se convoca es otra vez a Samuel Beckett, arrepentido de haber nacido (el supremo *llegar*), y de ahí llegamos al *Eclesiastés*, ese libro asombroso de existencialismo primigenio: “y más feliz aún es quien no ha nacido” (4, 3). El autor menciona el *Eclesiastés* en la página del libro en la que se presenta: “me lo repito y me lo repito, el verso de Cohélet”, y podemos encontrar mucho de ese aire como de desierto blanco en los versos que siguen: “Señor, las cosas que me esperan / me pasan bajo tierra”, o “Con el olor de la sangre / se acercará mi amo / para hacerme las caricias / que me hace en los tiempos de guerra” (este me recordó a Brecht), o “Lo que hagas, hazlo tristemente. / Lo que digas, dilo de mal modo. / Alabado bajo el diluvio, todo renace”, o “Me dijo: /—Sin piernas llegaría mejor. / Le corté las piernas y me dijo: /—No hay lengua, todo es tierra”, etcétera. Estos poemas son como las piedras con que se construye un templo en el desierto (la arena de ese desierto está hecha de esas piedras pulverizadas).

El siguiente cuarto del libro es *Las ejecuciones*. Se publicó como libro independiente en 2006. Sigue una estructura litúrgica: los poemas van numerados en orden descendente entre un “Gloria” y un “Aleluya”. Las figuras que aparecen siguen siendo tan universales que quien leyese este libro hace dos mil años podría seguirlo perfectamente: *Dios, silencio, tumba, aún orábamos, primavera, labios ciegos, luz, derrota, cubículo, paja vieja, polvo*

levantado por el eclipse... Por supuesto otra cosa es la sensibilidad. ¿Sería capaz ese lector de hace dos mil años de comprender las aflicciones de este corazón nacido tanto tiempo después? ¿No son sus torturas muy del siglo xx? No hay nada nuevo bajo el sol, contesta el *Eclesiastés*, y recordemos cuántas veces un texto muy antiguo nos ha sorprendido por lo cercano que nos resulta. Ese debe de ser “el lenguaje que nos habla”, un lenguaje universal ¿fuera del tiempo?, que mencionaba Andreu Jaume en el prólogo y que Albert Balasch ha ido a buscar al fondo de un pozo antiquísimo (“No llegarás a entender el pozo / que te hace de corazón si alguna vez te escuchas”; aquí la intimidad con lo abisal me recuerda a Carlos Edmundo de Ory).

El tercer cuarto del libro corresponde a *La caza del hombre* (según Jaume, “el mejor poema largo de mi generación”). Organizado en estásimos como las tragedias griegas, nos permite asistir a la desintegración de la figura del rey Lear, otra vez en un ambiente fuera del tiempo aun cuando los personajes están dolorosamente sometidos a su paso, y está otra vez lleno de imágenes a la vez plásticas y psíquicas.

El último cuarto es una miscelánea de rarezas e inéditos que incluye la pieza “Grava, una tempesta” para radio. Hay en el libro un enlace para escuchar la instalación sonora que llevó a cabo el autor con Marc Capdevila. Arranca con alguien que silba la Novena sinfonía de Beethoven, un hombre despreocupado y solo que se alegra cantando para sí ese himno que une a la humanidad. Y mientras lo oía, después de acabar de leer, me dio la sensación de que ese silbido solitario y confiado significaba el mundo restituido que todos los poemas anteriores han velado. —

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. Su libro más reciente es *Vilnis* (Caballo de Troya, 2021).

